

No es nuestra América bajo ataque

Laura E. Asturias

Diario Siglo Veintiuno, 29-IX-2001

Desde hace años me resulta ofensivo escuchar a tantas personas de Estados Unidos llamar *América* a su país. Claro que, ante cualquier reclamo, arguyen que no es que quieran absorber al continente entero dentro de ese nombre y que por eso hablan de Centro y Sudamérica en forma específica. Aun así, arrogarse para su territorio una palabra que abarca todo un continente me sigue pareciendo abusivo.

No es una postura caprichosa, menos aún ante el irrespeto con que el gobierno de Estados Unidos convierte al mundo en su patio particular, pisoteando la soberanía de otros pueblos como si fueran peoncitos manipulados desde el norte sobre su tablero geopolítico. Es justamente ese irrespeto a la soberanía ajena lo que hoy motiva a este gendarme global, y al vaquero pendenciero que lo preside, a exhortar al pueblo de Afganistán a sublevarse contra el régimen talibán.

Cualquiera, a excepción de ellos mismos, querría ver a los talibanes opresores debidamente derrotados, como le corresponde a este grupo que sólo ha ocasionado angustia y mayor pobreza al pueblo afgano. Y su propia cuota de penalidades merecen también los hombres de ese país por confabularse con tal régimen en la violación de los derechos de todas las mujeres afganas. Pero es inhumano que Estados Unidos, la nación más opulenta y poderosa, le demande a ese pueblo, hambriento y desolado, levantarse enérgicamente contra quienes lo gobiernan.

Igualmente cruel es que Estados Unidos pida a nuestros pueblos un apoyo a su posible embestida militar que sin duda se traducirá en la inversión de recursos nacionales que no podemos darnos el lujo de destinar a la defensa de la seguridad de ese país, por mucho que su gobierno nos dore la píldora insistiendo en que se trata de asegurar una libertad perdurable. ¿La libertad de quién? Si nuestro pueblo no es libre, si en Guatemala hay gente muriendo de hambre, gente que no tiene ni tendrá nunca acceso a las seguridades mínimas y al bienestar esencial para una vida digna, ¿por qué hemos de apoyar el fundamentalismo de ese gobierno, tan absurdo como el de los talibanes?

El otro día, en un programa de radio, una señora residente en Estados Unidos reflexionaba acerca de lo que la reciente tragedia ahí ya representa para mucha gente, en particular la pérdida del empleo en empresas que ahora están recortando significativamente su personal. En estos momentos no sonará generoso decir que allá nunca han sentido, como lo están experimentando nuestros pueblos, el peso de la globalización, aunque ésta poco tuviera que ver con tales actos terroristas. Pero quizás es la forma en que, si antes no se ha distribuido la riqueza más global y equitativamente, ahora se reparten con mayor justicia, también en el norte, las zozobras cotidianas que aquejan a los pueblos del sur, provocadas por pautas económicas dictadas, en buena medida, por la gran nación nortea.

Creo que no es descabellado afirmar que la América al sur de Estados Unidos sobrevive permanentemente en la miseria, mientras aquella opulencia obscena hoy se da el lujo de montar una guerra a gran escala que sólo beneficiará a los poderosos de siempre, porque para ellos no hay mejor negocio que el enfrentamiento bélico.

Todo eso habrá querido Rigoberta Menchú hacerle entender al presidente estadounidense, cuando en su carta del 21 de septiembre le recordó que no hay paz sin justicia, ni justicia sin equidad; que no existe equidad sin desarrollo, ni éste sin democracia. Y que no puede haber democracia sin respeto a la identidad y la dignidad de los pueblos y las culturas.

Por ello no deberíamos olvidar que no es nuestra América la que está bajo ataque. Y antes de confabularnos contra otra nación sumida en la miseria, recordar que el ataque real a nuestros pueblos americanos es la pauperización permanente que nutre la prosperidad de unos pocos.